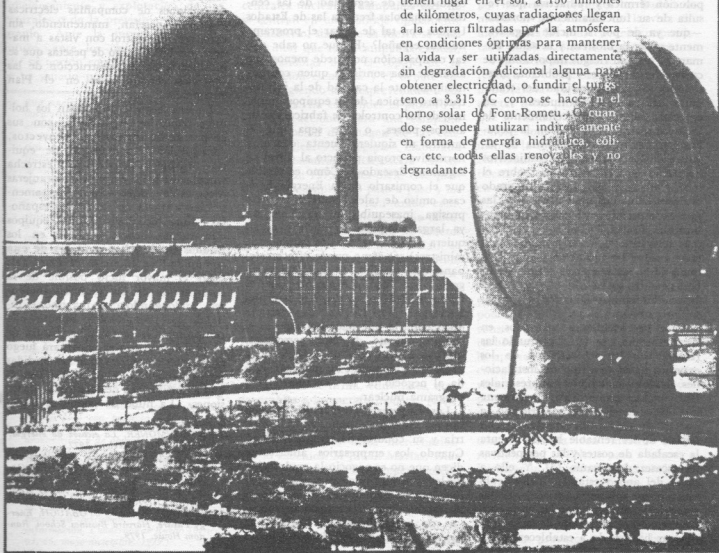


La estafa nuclear y sus propagandistas

GENARO CAMPOS

Las reacciones nucleares se extienden en el sol o en las estrellas de lejanas galaxias, pero en esos sitios es imposible que exista el más mínimo resquicio de vida. Así, resulta chocante que, con el pretexto de expandir actividades que se dicen al servicio de la vida humana, se pretendan generalizar en nuestro planeta fenómenos que están reñidos con ella. No debe, pues, sorprender que las reacciones nucleares debutaran en la Tierra como fruto de experiencias bélicas con fines meramente destructivos y que el empeño de «domesticarlas» bajo la cúpula de los reactores no pueda evitar que entrañen una superdestrucción termodinámica y ambiental. Su uso generalizado para hervir agua, impulsar una turbina y obtener electricidad supone una desproporción de tal calibre entre el fin perseguido y los medios propuestos como es —al decir de Commoner (1)— el matar moscas a cañonazos; las moscas al final mueren, pero la destrucción originada desaconseja el procedimiento. Sobre todo cuando apenas utilizamos la energía de esas otras reacciones nucleares que tienen lugar en el sol, a 150 millones de kilómetros, cuyas radiaciones llegan a la tierra filtradas por la atmósfera en condiciones óptimas para mantener la vida y ser utilizadas directamente sin degradación adicional alguna para obtener electricidad, o fundir el tungsteno a 3,315 °C como se hace en el horno solar de Font-Romeu. O cuando se puede utilizar indirectamente en forma de energía hidráulica, eólica, etc. todas ellas renovables y no degradantes.



A pesar de la insistencia con que se ha presentado la energía nuclear como solución a la «crisis energética», cabe advertir que las instalaciones nucleares al uso no suponen una solución técnicamente acertada a los dos problemas básicos de la actual encrucijada energética: el de las reservas limitadas y el de la degradación del medio. Las reservas accesibles de uranio son escasas. No hay ninguna estadística sería que no muestre con claridad el hecho contundente de que las exigencias de uranio de los reactores proyectados en los distintos países conduciría antes de fin de siglo a una grave escasez de este mineral (2). Así, la viabilidad de las centrales en construcción aparece ya empañada por la crisis del uranio que presagia la escalada de precios observada desde 1973 (recordemos que las reservas con que cuenta nuestro país apenas llegarían a cubrir el 30% de las necesidades de los reactores autorizados).

Pero el más importante factor de oposición a las instalaciones nucleares procede de su impacto sobre la degradación del medio ambiente y de la especie humana. No podemos más que apuntar el hecho ya divulgado de que las centrales nucleares, además de la polución térmica y radiactiva que resulta de su funcionamiento «normal» — que ya de por sí incide negativamente sobre la biosfera y la salud humana — ofrecen riesgos importantes de catástrofes nucleares y problemas irresolubles sobre la seguridad del transporte del combustible nuclear y, en especial, sobre el almacenamiento de los residuos radiactivos. Con la peculiaridad de que la larga vida de algunos de los componentes radiactivos hacen que sus consecuencias sobre el medio ambiente adquieran un grado de irreversibilidad muy superior a las que se desprenden del uso de los combustibles fósiles. Hecho que se hace más relevante dada su probada incidencia sobre las mutaciones genéticas, que podría romper el ya frágil equilibrio genético sobre el que se asienta la especie humana, originando un proceso de regresión.

Tras los accidentes acaecidos en Estados Unidos se han acentuado las reservas de la población y de los expertos hacia este tipo de instalaciones. Incluso en círculos empresariales USA se ha reconocido expresamente que la obtención de electricidad a partir de centrales nucleares ha dejado de ser rentable habida cuenta la escalada de costes y las perspectivas de escasez del uranio (3). Y ello a pesar del apoyo estatal y del cálculo sesgado que minimiza los costes de las centrales a sufragar por las empresas. Este rechazo acrecentado de la energía nuclear ha llevado a establecer en los

Estados Unidos una moratoria de tres años a la construcción de nuevas centrales para estudiar a fondo las implicaciones y riesgos de esta tecnología y revisar las condiciones de seguridad de las que están en funcionamiento, lo que ha implicado ya el cierre de varias de ellas. Tales decisiones, tomadas en ese país pionero de la energía nuclear, parecen argumento sobrado para contemplar en el nuestro el tema nuclear con moderación y propugnar, al menos, una moratoria que alcance a ver cómo se resuelve el tema en los Estados Unidos. Pues al fin y al cabo es la tecnología USA la que guía la casi totalidad del programa nuclear español.

Sin embargo, en los últimos tiempos estamos asistiendo en nuestro país a una ofensiva nuclear sin precedentes tanto en los medios de difusión como en el Ministerio de Industria. ¿Es que se les ha alterado el juicio a esos periodistas «científicos» a esos personajes políticos que desde sus cargos oficiales siguen expandiendo en estas condiciones tan dudosas la buena nueva nuclear aun a costa de hacer el ridículo? ¿Cómo se atreve un ministro de Industria a ser más papista que el papa ensalzando las calidades técnicas y las condiciones de seguridad de las centrales españolas frente a las de Estados Unidos con tal de salvar el programa nuclear español? ¿Es que no sabe que tal comparación no puede menos que arrancar una sonrisa a quien conozca mínimamente la calidad de la infraestructura técnica, de los equipos humanos, de los controles de fabricación de nuestros países, o que sepa que el auge ni siquiera cuenta con una normativa propia respecto al «nivel de seguridad deseado»? ¿Cómo es posible que el comisario de la Energía haga caso omiso de tales acontecimientos y prosiga, inasequible al desaliento, su ya larga campaña pronuclear ni siquiera perturbada por los cambios de ministros? ¿O cómo puede ofrecerse el panorama insólito de una directora general de Medio Ambiente que es ferviente defensora de las centrales nucleares? No. No es una extraña obcecación la que hace homogéneo el comportamiento de esos personajes, sino su espíritu fiel de servicio a la poderosa comunidad de intereses ligada al negocio de la construcción del programa nuclear.

Los empresarios españoles no son tan osados como el ministro de Industria y su cohorte de propagandistas. Cuando los empresarios americanos dicen que no es negocio la explotación de las centrales nucleares, sus colegas españoles ya habían tomado posiciones al respecto: ante las escasas perspectivas de rentabilidad que brinda la explotación de las centrales nucleares



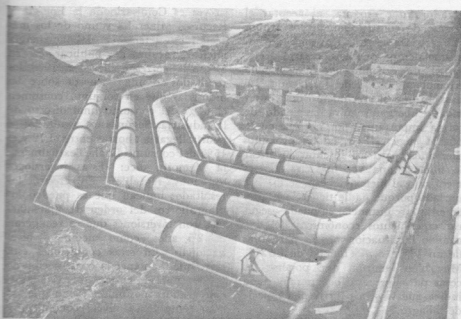
programadas, que agrava la crisis de capital del sector eléctrico, los grupos financieros ligados a los grandes bancos se han desprendido ya, casi por completo, de los cuantiosos paquetes de acciones de compañías eléctricas que antes poseían, manteniendo, sin embargo, su control con vistas a manejar ese billón largo de pesetas que se movilizaría en la construcción de las centrales contempladas en el Plan energético.

En este negocio participan los holding bancarios españoles — con sus empresas de ingeniería, proyectos, construcción y suministros de equipo — en buena convivencia y estrecha vinculación con empresas extranjeras deseosas de vender — bien directamente bien a través de sus filiales españolas — una tecnología y unos equipos que ya no tienen mercado en los Estados Unidos. La estrategia de esta comunidad de intereses es clara (4): sacar el mayor lucro posible de la construcción de las centrales nucleares, prolongándola al máximo e inflando los presupuestos, aunque ello comprometa la rentabilidad futura de su explotación. Ya se encargará luego el Estado de «nacionalizar las pérdidas de las compañías eléctricas que tengan que amortizar tan desmesuradas inversiones». La nube de pequeños accio-

(1) B. COMMONER, *La escasez de energía*, Plaza y Janés, Barcelona 1977.

(2) *Cfr. Nuclear Fuel Cycle Requirements*, OCDE, París, 1978; B. COMMONER, *Op. Cit.*; o declaraciones del propio director general de la Energía («La voz de Asturias», 3-XI-1978).

(3) D. YERGUIN and R. STOBAUGH, *Energy Future*, Harvard Business School, Random House, 1979.



nistas de las eléctricas —víctima propiciatoria de este proceder— constituirá un buen escudo a la hora de pedir al Estado que pague los platos rotos del enorme negocio de la construcción. La comunidad de intereses dominante en este proceso ya habrá acumulado millones suficientes como para despreocuparse del problemático funcionamiento y explotación de las centrales o de la previsible escasez de uranio. Ante la incertidumbre del futuro, ante los riesgos irreversibles que su opción comporta, su actuación se ha guiado por el refrán «realista»

de «más vale pájaro en mano que ciento volando».

Los grupos interesados en este negocio tienen prisa y cuando ven que flaquea la fe de la gente en el «progreso» nuclear que proponen, intentan apuntalarla con dinero y recurren a campañas de imagen para crear una opinión favorable a las centrales nucleares, campañas que no se centran en un montaje típicamente publicitario, sino que su fuerza se basa en ocultar que tales campañas existen, disfrazándolas bajo el ropaje de la divulgación científica y el debate «libre», cogiendo así desprevenidos a los receptores. En estas lides es pionero el «Plan de acciones para una campaña de promoción de imagen de las centrales nucleares en España», elaborada por la consultora AGEUROP en diciembre de 1975. Pues bien, este plan se ha ido cumpliendo paso a paso y las líneas de acción no han unido esencialmente desde entonces. Se ha editado con todo lujo de medios los folletos divulgadores que en él se preveían; se han convocado los cursos infantiles en las zonas próximas al emplazamiento de las centrales; se han organizado los ciclos de conferencias y las mesas redondas buscando la participación de conocidos «humanistas», publicistas o técnicos... y se han manipulado los medios de difusión a través del plantel de «periodistas colaboradores», pagando artículos de firma, editoriales, etc., favorables a la energía nuclear. ¿Dónde está la línea divisoria de estas campañas entre los «cruzados» voluntarios y aquellos otros mercenarios? No lo sabemos. Si Julián Marías, Díaz Plaja, Miguel Boyer o Ignacio Sotelo, pongamos por caso, han trabajado gratis sólo cabe recordarles que podrían haber pasado factura. Quizá sepan algo de esto propagandistas nucleares más anejos del campo del

periodismo como un Sancho Rof, un Martín Ferrand o un Calvo Hernando. Asimismo, se ha mantenido como se preveía en este plan la estrecha colaboración entre las empresas de imagen y los organismos oficiales, sólo ha faltado ese «libro blanco» de la energía nuclear en el que ésta se ofreciera con el sello oficial, pero el Plan Energético ha cubierto con creces esta laguna. Pues ¿qué es el Plan Energético sino ese libro blanco? Prueba de ello son los malabarismos que se han tenido que hacer para recortar las previsiones de oferta energética a partir de las fuentes convencionales, y hacer un hueco al programa nuclear (5). Estas cifras trucadas dan así apoyo oficial a la falsa «urgencia» del programa nuclear esgrimida por sus propagandistas. De ahí que, no estando la razón de su parte tengan que recurrir a esas «plumas mercenarias» que —al decir de Machado— trabajan «para el servicio de causas tanto más lucrativas como menos recomendables» y tratan de presentar sus torcidos argumentos bajo envolturas supuestamente científicas aventurándose a calificar de anticientíficos a quienes nos oponemos a este vergonzoso estado de cosas. Anticientíficos son aquellos que por intereses mezquinos no dudan en modificar los procesos de la vida sin importarle las consecuencias imprevistas e incalculables de sus acciones.

Pero estas modificaciones no sólo se refieren a cuestiones de tan gran importancia como las que puedan afectar a los procesos de la vida, sino que se realizan mediante chapuzas increíbles como puede ser en estos momentos la revisión del Plan Energético Nacional, dos años después de su puesta en marcha tras la aprobación en el Congreso de los Diputados.

Todas las críticas que en su día se plantearon sobre la poca importancia que se le daba al potencial hidroeléctrico de pequeñas centrales, que no entraban dentro de los planes de expansión de las grandes compañías eléctricas porque ello significaba dispersión en lugar de concentración de poder; todo lo referente a la posible construcción de centrales térmicas de carbón en lugar de grupos nucleares, la aportación de las llamadas nuevas energías —que sin embargo son las más viejas y las que antes fueron utilizadas por la humanidad— al consumo final de energía, ha sido aceptado por los responsables del Ministerio de Industria y Energía con motivo de la revisión del PEN... para volver a justificar la necesidad de las nucleares y encima en mayor número.

El ministro de Industria ha reconocido que, a pesar de que las inversiones se están llevando a cabo dentro de los ritmos previstos según él, la ener-

(4) Esta cuestión se encuentra ampliamente documentada en Juan MUÑOZ y Angel SERRANO, «El negocio de la construcción de las centrales nucleares», *Energía, política, información*, Cuadernos de Ruedo Ibérico, 63/66, mayo-diciembre 1979.

(5) Se escamotea la Central Técnica de Anillares (350 MW) ya en funcionamiento, se contabiliza como potencia instalada, pero no como producción el grupo 2 de la térmica de Puentes creando otro hueco de 650 MW, a las térmicas de carbón proyectadas se les atribuye sólo una utilización de 4.500 h./año, cuando un año hidrológico medio ésta supera normalmente las 5.500, creándose otro hueco de unos 1.000 MW; para fijar la demanda de energía se tiene en cuenta la «España extrapeninsular» mientras que en la oferta no se incluyen las térmicas ubicadas en las islas, creándose otro hueco de cerca de 1.000 MW; a las térmicas de fuel se les atribuye una utilización media de 2.300 h. año cuando ésta varía siendo en año hidrológico medio de 4.400 h./año creándose un hueco de 3.700 MW; tampoco se contemplan los 15.659 MW de potencia que supondría el uso de los 259 embalses construidos sin central pero con proyecto que estima el M.º de O. P., ni otras posibilidades hidroeléctricas y de ahorro, que superan fácilmente la potencia nuclear prevista en el Plan Energético (10.500 MW) ocultando que el horizonte de demanda previsto en ese Plan podría cubrirse sin problemas mediante fuentes convencionales. (Véase S. M. ARANCIBIA, «Los engaños del Plan Energético Nacional», *energía, política, información*, Cuadernos de Ruedo Ibérico, 63/66, mayo-diciembre, 1979.)

gía nuclear ocupará un lugar menor del previsto en el reparto del consumo de energía primaria en 1985. Según la versión aprobada del PEN, lo nuclear debería suministrar el 13'2% del total; en realidad, y con mucha suerte, representará el 10'7%. El por qué de esto se encuentra en los plazos cada vez mayores de construcción de las centrales nucleares, ante la cadena de accidentes acaecidos en numerosas centrales norteamericanas y japonesas, lo que encarece el producto final de forma importante. Los presupuestos de construcción se desbordan continuamente y lo normal es que los costes finales sean entre un 60 y un 120% superiores a lo previsto. Así por mucho que se cumplan las inversiones se seguirán retrasando los finales de obra con lo cual las empresas constructoras dependientes de los grandes grupos seguirán incrementando sus beneficios.

Y que ello empieza a ser una preocupación grave para las empresas eléctricas, de cara a su rentabilidad posterior, se observa en el hecho de que el Estado está empezando a tomar participación en diversos proyectos de construcción de nucleares: Sayago, Trillo y Vandellós son los grupos en los que el INI, a través de sus empresas eléctricas ha empezado a entrar en el negocio nuclear.

El ministro de Industria, con una

caradura que espanta, al aceptar el retraso de construcción de los grupos autorizados, afirma sin embargo al mismo tiempo que es necesario acelerar el proceso para que la economía española no se quede descolgada. Lo basa en que el crecimiento del consumo de energía seguirá creciendo de forma importante, por encima de lo que lo haga el PIB, en los próximos diez años, para así intentar justificar lo nuclear una vez más. Y esto es mentira o al menos debería serlo. Por un lado porque nadie tiene claro que, en estas circunstancias se pueda asegurar crecimientos económicos del 4% cuando la situación no da para más de un 1% o como mucho de un 2%. Muy bien tendrían que ponerse las cosas para que esto ocurriera y nada indica que vaya a ocurrir una especie de milagro.

Por otro lado, y esto es lo más grave, significa que siguen sin hacer ningún caso a la necesidad de llevar a cabo programas de ahorro de energía reales que apenas si tienen costes y que sin embargo redundan en ahorros significativos en el consumo de energía. Se quiere seguir despilfarrando para justificar de nuevo la necesidad de «nucleares o velas», como dicen los propagandistas oficiales u oficiosos. El Centro de Estudios de la Energía, del que es presidente Luis Magaña, que a

su vez es Comisario de la Energía y Recursos Minerales y uno de los más acérrimos defensores de la energía nuclear, acaba de publicar en su Memoria correspondiente a 1980 los resultados de una encuesta sobre las industrias que en conjunto consumen el 84% del consumo final directo de la industria. Según estos resultados se podría llegar a ahorrar entre el 12 y el 15% del consumo final. Textualmente la Memoria dice: «Estas inversiones son muy rentables. En efecto, los resultados indican que se pueden lograr ahorros del orden de 2.500.000 tep, con inversiones que se recuperan en 2'5 años, como media, a nivel nacional». En estas condiciones está claro que mantener la construcción de grupos nucleares, mucho más caros, con grandes posibilidades de que no sean rentables a nivel económico, y con unos problemas de polución y contaminación claros, sólo puede deberse a que el negocio de los mismos se encuentra en otro lado y que, por tanto, como siempre, quienes tienen parte del poder económico pasan por completo de las posibles implicaciones sociales que sus decisiones puedan contener. La obtención del máximo beneficio en el más corto espacio de tiempo posible sigue siendo la máxima fundamental de este tipo de actuación. ■

